

ban muertos á media legua de ella, que allí los comieron aves y animales, y hartos años permanecieron sus huesos esparcidos en el campo, hasta que el tiempo los consumió, y no fué poco castigo éste ni de pequeño espanto para los enemigos, ver en qué habían parado las reliquias y soberbias de sus antepasados, con que hasta el día de hoy no se han atrevido á alzar.

Otro día mandó el gobernador que se juntase el regimiento en cabildo con los capitanes que había y la gente más principal de la ciudad y vecinos, para tratar de cosas que convenían al servicio de Dios y Su Majestad, y habiéndose juntado todos en cabildo, dijo el gobernador: "Señores alcaldes y cabildo, capitanes y vecinos de esta ciudad, aquí nos hemos juntado en nombre de Dios; conviene tratar en él cosas que sean en servicio suyo y que no haya parcialidades ni facciones, porque de haberlas habido hemos estado en este aprieto; que si desde el principio que Guzmán entró, se poblara en otra parte, como yo intenté, que fué en el valle de Tzapotepec, donde ahora se llama Tuluquilla, ó en los llanos de Atemaxac, no anduviéramos en estos trabajos."

## CAPITULO CXXI.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de  
1541.

Prosiguió su plática el gobernador diciendo: "Bien veo que ninguno de los que estamos aquí tiene la culpa, sino Nuño de Guzmán, pues estando en Tonalán poblados para quedarnos allí, nos echó diciendo que no quería que en sus pueblos ni en contorno de ellos hubiese villa ni poblazón de españoles, haciéndonos ir al valle de Nochistlán, donde poblamos la villa

en una mesa redonda que parecía la de los Doce Pares de Francia, donde no se tuvo reposo, por estar allí muy estrechos padeciendo muy grandes trabajos por no poder sufrir las amenazas de los caxcanes; la despoblamos y nos vinimos á Tonalán otra vez, y estando allí, con propósito de poblar, sabido por Guzmán, que estaba en la ciudad de Compostela, envió á mi hermano Juan de Oñate para que, como capitán, los echase fuera, y no sabiendo que hacerse, vinieron á poblar en este puesto tan triste y desventurado, á trasmano, cercado de barrancas, con poca agua y sin refugio, y que no tiene sino una entrada, y en especial el inconveniente de tener el Río Grande á un lado, para no poder salir sino con mucho trabajo de cualquier peligro; ahora tenemos la experiencia en la mano, pues conociendo los enemigos el ruin estado de esta ciudad y que estamos cercados de barrancas, por una parte, y de rocas tajadas de la otra, han venido á cojernos á mano por la entrada llana, donde nos hemos visto en tanto aprieto, y más con la avilantez de las victorias pasadas, por vernos sin asiento fundado, ni defensa, que si Dios no acudiera amparándonos, hoy estuviéramos acabados y las mujeres y niños, y pues Dios nos ha librado de ésta, conviene poner remedio, no sea peor la revuelta, y que esto sea con brevedad; salgamos de aquí, busquemos donde se funde esta ciudad y nos aseguremos, que estando segura, lo demás se hará con gusto. Vease dónde será bueno que se pase, que conviene hacerlo así para que se haga el servicio de Dios y Su Majestad, y á todos nos importa, pues va no menos que la vida en ello, y yo de mi parte aseguraré á vuestras mercedes no desampararles hasta morir, y favorecerles y ayudarles hasta que tengan sosiego verdadero."

Acabadas estas razones y plática, no supieron qué responder, sólo se movieron algunas dudas acerca del mudarse al valle de Atemaxac, temiendo que Nuño de Guzmán había de volver á sus pueblos por señor de título y los había de echar de allí; otros eran de parecer que se fuesen á México, y dejasen la tierra y no concordaban en cosa, y el contador Juan de Ojeda dijo que se acabasen de determinar y decir dónde habían

de hacer asiento, y que entender que Guzmán había de volver, era cosa muy dudosa, porque sus causas en España iban muy largas y despacio, y que cuando bien librara de ellas, le habían de quitar los indios y ponerlos en la corona real, lo cual era cierto, por haberlo visto y oído en el Consejo, que había pocos días había venido de España con su oficio. Con esto algunos dijeron que convenía que se pasasen entre Ocotlán y Tonalán, en el llano de Atemaxac, otros que en Tuluquilla, y siempre hubo diversidad de pareceres sobre donde se pasarían, y los aficionados á Guzmán lo contradecían, y estando en esto, entró á donde estaban en cabildo Beatriz Hernández, mujer de Juan Sánchez Olea, y dijo: "Acaben los señores de determinar á do se ha de hacer esta mudanza, porque si no, yo quiero y vengo á determinarlo, y que sea con más brevedad de lo que lo han estado pensando; miren cuáles están con demandas y respuestas, sin concluir cosa ninguna." Pidió licencia y dijo que quería dar su voto y que, aunque mujer, podría ser acertado. Entonces el gobernador la hizo lugar y dió asiento, y estando oyendo á todos y que no se conformaban ni determinaban, pidió licencia para hablar, y habiéndosela dado, dijo: "Señores, el rey es mi gallo, y yo soy de parecer que nos pasemos al valle de Atemaxac, y si otra cosa se hace, será deservicio de Dios y del rey, y lo demás es mostrar cobardía, ¿qué nos ha de hacer Guzmán, pues ha sido causa de los trances en que ha andado esta villa? que si Dios no nos favoreciera y el amparo y industria de nuestro buen capitán, no hubiéramos tenido su vigilancia y cuidado, aquí hubiéramos perecido," y volviéndose al gobernador le dijo: "¿cómo no habla aquí V. S.? Agora calla que es menester no hacer caso de votos tan vandoleros; el rey es mi gallo," y viendo que callaban todos, les dió voces que hablasen. Entonces dijo el gobernador: "Hágase así, Sra. Beatriz Hernández, y púeblesse do está señalado," y todos contentos de que una mujer los sacase de confusión, vinieron en su parecer, que casi todos lo querían así, y no osaban hablar por ser en tierras de Guzmán, que los tenía tan sujetos cuando los gobernaba, que con estar en España aun tenían miedo

de él. El gobernador dijo que no tenían para qué rehusar poblar la ciudad á donde se trataba, pues todas eran tierras del rey, y que ya no había qué hacer caso de las cosas de Guzmán, que temiesen á los enemigos á quien cada día tenían encima y los querían acabar, y era lo más forzoso y dificultoso de reparar, y que cuando fuera contra la voluntad de Guzmán (dado caso que volviese) vería la razón y las causas que les movía á hacerlo, y lo tendría por bien. Además, que la necesidad carece de ley, y que pues estaban ya resueltos de mudarse, que luego se proveyesen de personas tales para que fuesen y viesen dónde se había de fundar la ciudad, y así nombraron á Juan del Camino y á Miguel de Ibarra, los cuales fueron al valle de Tonalán y pueblo de Atemaxac, y de allí pasaron al pueblo que es agora de Tuluquilla, y hallaron aquella hermosa fuente, y habiéndoles parecido bien, luego discordaron ambos capitanes, porque Miguel de Ibarra decía que allí era mejor que donde se pobló después, que fué en el puesto que ahora está, y Juan del Camino dijo que no era bien se poblase en el ojo de agua de Tuluquilla, que era cenagoso, además que era hacer doblado agravio á Guzmán, que tenía allí sus estancias. Así se conformaron y fueron al puesto á do hoy está la ciudad de Guadalajara y echaron de ver ser aquel mejor sitio, por tener unos llanos y ser más acomodado para correr si viniesen los enemigos, y buen arroyo de agua y muchos manantiales con buenas entradas y salidas para todas partes, y les pareció podrían meter el arroyo en la ciudad, y se engañaron, porque después fué dificultoso el hacerlo; pero hicieronse muy buenos pozos y los hay.

Y habiéndolo visto todo, y ser el sitio y valle tan desembarazado para poder pelear y correr, se trazó la ciudad y se repartieron solares para todos los vecinos, con que se volvieron y dieron cuenta al gobernador de lo que habían hecho, y á cada vecino su solar y traza para que acudiese á hacer su casa, y luego se salieron muchos vecinos de la ciudad combatida, y se pasaron al valle de Tonalán y sus pueblos para desde allá acudir á hacer sus casas, que no vian la hora de irse de

tan espantados como quedaron de la rota, y por salir de un sitio tan triste y desventurado, que no era otra cosa que un cautiverio y destierro terrible, y sólo esto bastaba para despojarlo.

En este año, fué á Tzapotitlán el P. Fr. Avaldo Cuaseasio, el cual trabajó muchísimo en aquella conversión, porque aunque antes habían estado en ella los PP. Fr. Juan de Padilla y Fr. Miguel de Bolonia y doctrinaron aquellos indios con todo cuidado y curiosidad, no faltó qué hacer en limpiar la maleza y las reliquias que habían quedado de la gentilidad, por el mucho gentío que había en aquella provincia.

Primeros casamientos de la provincia de Avalos. Y en este año se casaron en Tzapotlán los principales y caciques de las provincias de Tenamachtlán, Autlán y Tzapotitlán, y fué la primera vez que se administró en aquellas provincias el santo sacramento del matrimonio, en que trabajaron infinito los religiosos, que no lo pudieron haber hecho antes por la poca disposición que hallaban en los naturales, con la dificultad de dejar las muchas mujeres, á que no ayudaba el tener hijos en muchas de ellas.

Tuchpan.-Fr. Juan de la Cruz. Ya queda dicho cómo, cuando el Santo Fr. Juan de Padilla fué al descubrimiento y conquista de Tzibola, salió del convento de Tzapotlán en aquel tiempo, pues quedó en el de Tuchpan el P. Fr. Juan de la Cruz, francés de nación y hijo de la santa provincia de Aquitania la antigua, y llevó por su compañero á un religioso lego hijo de la santa provincia de Santiago, italiano de nación, llamado Fr. Daniel, el cual, viviendo en el dicho convento, tuvo revelación de la muerte del santo Fr. Francisco Jimenez, uno de los doce apóstoles primeros de este nuevo mundo, porque el mismo día que murió, dijo al P. Cruz en cuya compañía estaba: "ha sido Dios servido de llevarse hoy á su gloria al P. Fr. Francisco Jimenez." Tenía este bendito padre capitulada hermandad espiritual con él, como lo usan muchos religiosos en las religiones, y en el tiempo en que estos benditos padres estaban en el pueblo de Tuchpan, llegó allí un clérigo llamado Antón de Ayala, con pretensión de quedarse en él por cura, en ocasión que había ido por visitador ge-

neral el Lic. Lorenzo Lebrón de Quiñones, el cual determinó que el clérigo se fuese del pueblo, y dejó en pacífica posesión al dicho P. Fr. Juan de la Cruz. Fué este bendito padre dotado de muy excelentes virtudes, famoso en la religión y lindísimo eclesiástico, y los indios le tenían en gran veneración y oían cualquiera cosa que les decía como si fuera un oráculo del cielo.

Volvamos á ver lo que en este tiempo pasó en el valle de Tzibola, á donde dejamos al gobernador y capitán general Francisco Vásquez Coronado, para que concluyamos con el año de cuarenta y uno, que es el tiempo en que pasó.

## CAPITULO CXXII.

En que se trata de los proveimientos que el general Francisco Vásquez Coronado hizo estando en Tzibola, y de cómo el capitán Melchor Diaz descubrió el río del Tizón y murió desastradamente.

Año de 1541. Ya queda tratado atrás del viaje y jornada que hizo el gobernador y capitán general Francisco Vásquez Coronado, y de los religiosos que llevó en su compañía, y de la muerte del maese de campo Lope de Samaniego, y de lo más sucedido hasta que llegaron á Tzibola, á donde el capitán Don García López de Cárdenas, que quedó por maese de campo en lugar de Lope de Samaniego, que, como dicho es, murió en Chiametla, fué con los treinta hombres de á caballo por la parte de abajo de Tzibola hacia la mar, y una jornada del pueblo halló otro de otras tantas casas, de la misma manera que el de atrás, que se decía Tusayán, y preguntando si había otros pueblos hacia aquella parte, no hubo noticia ninguna. Anduvieron de una parte á otra, y en más de quince días que se ocuparon, no hallaron rastro ni noticia de cosa alguna, sino que todo era tierra

áspera y montuosa, y habiendo llegado á una grande barranca, muy ahondable, vieron un río muy grande, y por la aspereza de la barranca no se atrevieron á bajar abajo, y habiendo tenido noticia del río del Tizón, imaginaron podría ser aquel, y viendo que por esta parte no se podía pasar adelante, volvieron a dar razón de lo dicho, que habiendo vuelto á la provincia de los Corazones, llegó á la de Tzinaloa, donde invernó la mayor parte del campo, y pasando al pueblo de los Corazones, donde estaba Don Tristán de Arellano, que había quedado por lugar teniente del gobernador, habiéndole dicho lo que se había mandado, se cumplió, y de todas las compañías se entresacó la cantidad dicha, y se pobló y asentó una villa en la parte que mejor convino, y se puso por nombre San Gerónimo de los Corazones, quedando por alcalde mayor y capitán Melchor Diaz, el cual había de ir á descubrir la mar, y después partió con sus soldados, dejando aparte el ganado que había quedado atrás de carneros y vacas, y llegó á Tzibola sin tener mal suceso, sólo que tres días antes que llegase, nevó terriblemente, de que la gente se fatigó algún tanto; pero habiendo llegado, todos se repararon y aposentaron bien, y como las casas eran buenas invernaron allí.

Antes que saliese el capitán Melchor Diaz, dejó puesto en orden lo de la nueva poblazón, dejando en su lugar y guarda de ella á otro vecino conquistador de Culiacán, que se llamaba Juan de Alcaraz, y es aquel con quien encontraron Cabeza de Vaca, Castillo y Maldonado cuando salieron de la Florida, viniendo en su peregrinación; y tomando consigo la mitad de la gente y un golpe de carneros para su comida, por hallarlos buen género para su sustento, y irse por su pié sin darles pena, caminando muy bien cuatro y cinco leguas, que como van siempre comiendo, van gordos y que buenos, y al que se despea, aquel comen primero, y que un carnero, aprovechado todo y bien tasado, bastaba para más de veinte hombres, con otras cosas que llevaban, y que cuando se rancheaban, arrinconándolos á la noche á una parte, con algún indio que los mire, están seguros, y que con llevar cada uno harina de maiz ó pinole, iban

bastecidos para muchos días, sin padecer necesidad de hambre. Caminaron á la parte á donde tuvieron noticia darían más presto con la mar que dicen del Sur, y al cabo de algunos días de camino por tierra fragosa y gente miserable y ruin, que se entiende son de la isla ó ancón del mar que dicen es la California, de que se infiere, por lo que se sabe de ella, que toda está poblada de gente; y habiendo bajado algunas sierras y ido hacia donde se pone el sol, dieron con una gente de grande estatura que llamaron gigantes, con los cuales se avinieron y llevaron bien, y caminaron hasta dar en la mar, y por sus orillas fueron algunos días por tierra de aquellos indios, los cuales les dieron mucho pescado, que era lo más de su comida, no embargante que tenían maiz, y el capitán se lo recompensaba dándoles rescates por ello y tratándolos con toda amistad. Fueron caminando casi tres ó cuatro días hasta dar en un río grande muy profundo, en el cual pueden entrar navíos, porque allí entra en la mar.

Andan aquellos indios por el mar, tan corpulentos, desnudos en tiempo de frío, que lo hace allí grande, porque aquella tierra se va metiendo al Norte, y cuando algunos de ellos van de una parte á otra, en lugar de ropa, llevan un troncón ardiendo con que calientan los pechos y delantera; estando caliente aquella parte, vuelven el tizón á las espaldas, y es tan usado esto entre ellos, que no se camina de otra manera, por lo cual los nuestros le pusieron el río del Tizón, y se tiene por cierto que éste es el río de la gran barranca que vió D. García López de Cárdenas y los que fueron con él abajo de Tzibola.

Llegados, pues, á este gran río, vieron cerca en un campo alto, un árbol hincado que había sido cruz, en el cual estaban escritas unas letras que decían: "al pié está una carta," y buscándola, la hallaron en una olla, bien envuelta porque no se humedeciese; y habiéndola abierto vieron que decía cómo á tantos días del mes, y año de cuarenta, había llegado allí Francisco de Alarcón con tres navíos y entrado por la barra de aquel río que era muy hondo, y que traía herraje, ropa y comida para la gente de quien iba por general Francisco Vás-

quez Coronado, enviado todo por el virrey D. Antonio de Mendoza, y que habiendo estado allí muchos días sin tener noticia alguna de la gente y campo, les fué forzoso salir de allí porque se comían los navíos de broma y se iba á dar la razón al virrey de lo sucedido.

Habiendo tenido noticia de esto el capitán Melchor Díaz por la carta que hallaron, y viendo la incomodidad de la tierra y que los indios no daban noticia ni razón de cosa alguna de las tierras de más adelante del río, y que para más certificación de ello él había pasado cuatro jornadas de la otra parte, y para lo pasar, se había puesto en un evidente y gran peligro, y que pagándolo á los indios, pasaron á cada español en uno como escriño ó cesto grande que los indios tienen aderezados con un betún que no lo gasta ni pasa el agua, y así dos, tres ó cuatro, los indios nadando, pasaron hasta la otra parte del río, sirviéndose de aquel instrumento como de barcas, y hasta las indias ayudaban, siendo el primero que se metió al peligro el capitán Melchor Díaz, y habiendo pasado pocos á pocos todos, hallaron todas aquellas jornadas que dije despobladas y sin rastro alguno de gente, y la tierra mala, con que se determinaron volver á la nueva población y enviar relación de todo, y el capitán, por ser aquellos indios tan corpulentos, quiso enviar uno al virrey y mandó á cuatro españoles cojiesen un muchachón que por allí andaba para lo llevar consigo, el cual hizo tanta fuerza que los cuatro españoles no fueron poderosos para lo amarrar, y daba tan grandes gritos, que lo hubieron de dejar, y se escapó huyendo.

Dieron los nuestros la vuelta, y prosiguiendo su camino, estando velando una noche el capitán, que nunca quiso dejar de velar su cuarto, un mal perrillo dió en ladrar, y arremeter á los carneros que llevaban, con que se esparcieron, y aunque el capitán le amenazó y fué tras él, no bastó, de que muy enojado con el perro, le arrojó la lanza, la cual se clavó en el suelo, y como pasó el caballo corriendo, encontró con la lanza de tal manera, que el recatón de ella se metió por la ingle del capitán y dió con él amortecido en la tierra. Acudieron los sol-

dados y le tuvieron por muerto; pero él era hombre de ánimo, y vuelto en sí y viendo que no había entre los soldados ninguno que se atreviese á curarle, él mismo se curó, y llevándole en unas andas, decía con deseo de vivir y se esforzaba diciendo: "con un cañuto de plata podría servir," pero como caminasen apriesa con deseo de llegar á la población para que se confesase, porque había en ella clérigo, murió á los diez y ocho de Enero, y los soldados le enterraron con harta tristeza en un cerrillo, y pusieron una cruz y mucha tierra y piedra, y se fueron á la población y villa de los Corazones, de que todos los de la villa tuvieron mucho pesar.

Luego Diego de Alcaraz, su lugar teniente, procuró con toda diligencia, se le dijese misas y le hizo sus honras lo mejor que se pudo; que todo lo merecía, porque fué un gran varón y para mucho, muy bien quisto y muy amado de sus soldados y había sido capitán de Nuño de Guzmán y capitán y alcalde mayor en la villa de Culiacán y conquistador de aquella provincia, y tuvo uno de los mejores repartimientos de indios que en ella se repartieron, el cual después hubo D. Pedro de Tobar, por haberse avecinado en aquella villa.

## CAPITULO CXXIII

En que se trata cómo el General Francisco Vázquez Coronado y su campo, partieron para Tiguex.

Año de  
1541.

Tuvo el invierno y aguas el general en aquel pueblo, y habiendo descansado el campo, regalado los caballos y despachadas las cosas dichas atrás, pareciéndole que habría ya el tiempo, determinó el general llegarse á la provincia de Tiguex, porque tenía nombre y fama de ser lo mejor que por allí se ha-